



Aquel horno tan ardiente
que había en su amante pecho,
ya ha levantado sus llamas,
porque Juan ya es Misionero.
La multitud que le escucha
llora de arrepentimiento,
porque el Maestro parece
de la Cruz de Cristo un eco.
¿Dónde aprende esa doctrina
tan divina de misterios,
tan generosa en perdones,
de amores tan gran venero?
Arrodillado en su celda
junto al Crucifijo vedlo:
ese es libro do aprende
sus sermones el Maestro,
libro que lo tiene siempre
de par en par allí abierto,
como esperando un abrazo
de aquel que llegue a leerlo.
¡Y cuanto más Juan le mira,
más le asaetea el pecho!
Y siente dolor de amores
de una llaga que está dentro...
Ya no es un requisito dulce
lo que suspira el Manchego;
es un llanto más amargo
que una bebida de ajeno,
al que su Jesús responde
con el consuelo más tierno.
—“Así te pusieron, Rey,
mis maldades y pecados...”
—“Todos te son perdonados,
buen Maestro de mi grey...”
Las palabras del Señor
se pierden en el silencio;
y Juan de Avila llora
asido feliz al leño.
Y va elevando sus ojos
hasta el Costado entreabierto;
y va arrimando sus labios
con ramilletes de besos
hasta las rojas heridas
del inolado Cordero.
Las lágrimas van borrando
la sangre de los tormentos...,
y los besos no se apagan,
¡porque quieren ser eternos!

Alberto Martín de Bernardo

